

La diversidad

un nuevo modelo de vida

MARTHA CHAPA

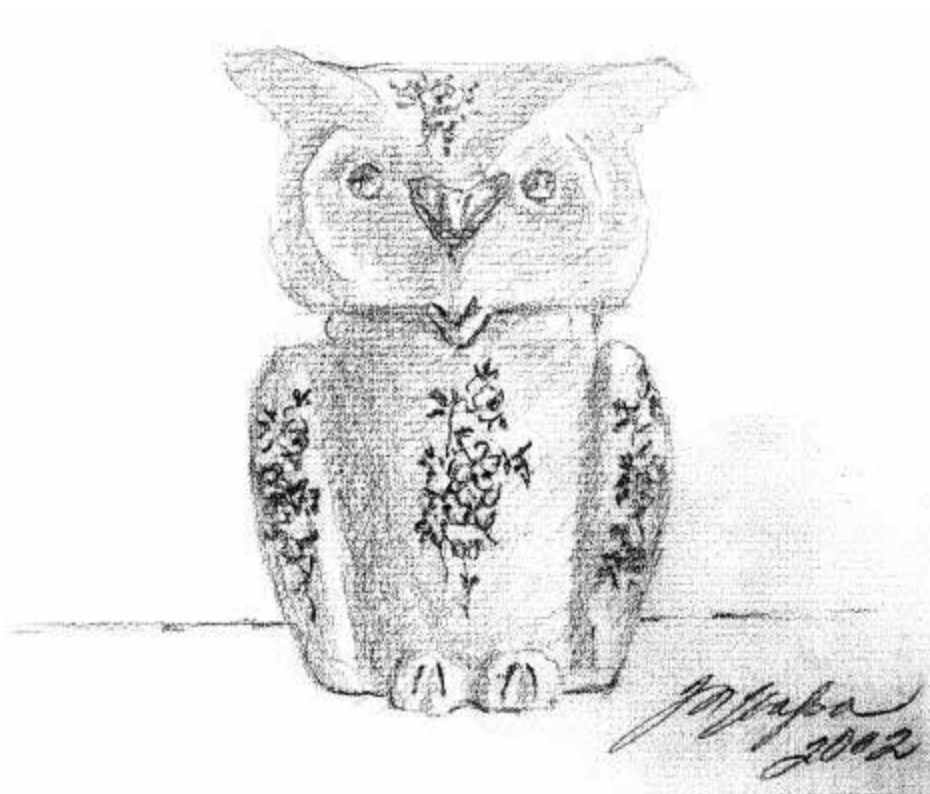
En la historia de la humanidad los episodios de intolerancia han sido tan recurrentes que podrían representar una constante. No ha habido siglo en el que no se inscriban acontecimientos bochornosos que incluso han derivado dolorosamente en la muerte colectiva. Una larga pesadilla que atraviesa continentes y culturas en los límites asfixiantes del intolerante, donde sólo caben unos pero no los demás, unos más que otros, yo excepto tú.

Los ejemplos tristes sobran en esa parte oscura del alma humana que prefiere negar que aceptar, destruir que explorar, eludir en vez de admitir el cambio, es decir, aferrarse al inmovilismo e incluso ahogarse en el dogma antes que intentar salvarse en la corriente transparente de la verdad. Las causales van desde lo racial hasta lo religioso e incluyen sin excepción el universo mismo: idioma, género, ritos y muchos otros factores que se montan en la apariencia de verdades absolutas, las cuales acaban por aplastar cualquier atisbo de cuestionamiento o visión diferente.

Muchos hombres y mujeres cruzan como fantasmas dolientes por el escenario demencial del fanatismo y el rechazo a lo diverso. Memoria histórica que nos trae

decantada el ácido de la crítica prefigurando la cicuta de Sócrates, la redonda lucidez de Galileo; la verdad al desnudo de Juana de Arco, las excomuniones múltiples para Spinoza y otros espantosos pasajes en que la intolerancia se disfraza de santidad para devorar la razón. Así, el despotismo monárquico, las dictaduras impunes, el fundamentalismo religioso o las hordas militares, irrumpen y quiebran los intentos de la ciencia, los impulsos del arte y el sustento filosófico, al igual que los gritos libertarios. En otra vertiente humana, son los afanes luminosos de la inteligencia, la razón, la creatividad y el análisis los que salvan al hombre de su propia ceguera irracional.

A veces el avance ha sido lento. Los imperios pudieron parecer eternos, las dictaduras interminables y el dominio del terror en el campo de la creencia religiosa invencible; pero el hombre mismo en esa dualidad de luz y sombra ha rectificado para fundar eras de conocimiento, sabiduría y tolerancia. Diversos sucesos han marcado nuestra historia como civilización, algunos sobresaliendo luminosamente, como cuando emergen los enunciados de libertad, igualdad y fraternidad con la fuerza revolucionaria de aquellos maravillosos franceses, o centurias atrás, cuando por vez primera se condena la esclavitud con una visión cristiana, aunque paradójicamente la jerarquía clerical que debió afianzar



Martha Chapa

estos avances tuviera momentos de terrible oscuridad, como la inquisición que llevó a la tortura y el fuego a miles de seres humanos. Intolerancia que ha seguido caminos que no son sólo los de la fe, sino el reduccionismo criminal por el color de la piel, donde el blanco es sinónimo de pureza y la negritud símbolo de bestia de carga o maldad.

Los signos del odio abundan: la suástica nazi, cruz en llamas del Ku Klux Klan, las reservaciones indígenas y otros muchos símbolos del fanatismo que nos avergüenzan. Pero ahí no paran, pues también por razones de género se atribuyó a la mujer, durante muchos siglos, una condición inferior a su contraparte masculina, menosprecio que se extiende en muchos casos hasta nuestros días, aun cuando en las últimas décadas casi no ha habido cotos que excluyan la participación fecunda, indispensable y comprobada capacidad de la mujer. Y peor cuando se registra en el comportamiento social el

estigma a las preferencias sexuales o a los derechos que generan, así se trate de las llamadas minorías.

De hecho cualquier variable ha sido pretexto para la intolerancia, hasta en los niños, cuyos derechos no eran reconocidos hasta hace pocos años. Y para qué mencionar la violencia intrafamiliar, que tantas secuelas dañinas genera en la mente de los infantes y en el desarrollo de su personalidad. Nada ni nadie escapa a este torrente histórico de la exclusión y el rechazo. Así, en contrapartida a la niñez tenemos el caso de los ancianos que en muchas sociedades son relegados anticipadamente, desconociendo su experiencia, sabiduría y capacidad para realizar múltiples e importantes tareas. Pero también a los jóvenes negándoles espacios para la participación y toma de decisiones, como ocurrió en nuestro caso durante el movimiento estudiantil de 1968. En otras palabras, la intolerancia ha sido, y lamentablemente todavía es, una tara, una inercia demencial y una man-

cha sombría que recorre la historia y en muchos casos el mundo actual. Pero el mundo ha girado y gira con alicientes de cambio, reencontrando libertades y derechos. Podemos aceptar que ha habido avances y es firme la tendencia hacia un universo pluriétnico y pluricultural, diverso en ideologías y sistemas políticos, afianzado venturosamente en los modelos democráticos, a pesar de que existen todavía atavismos, prejuicios, ignorancia que luchan en la dualidad humana de lo que se considera el bien y el mal, lo permisible y lo prohibido, lo que se acepta y se reprueba, la inclusión frente a la intolerancia excluyente.

Por eso, todo lo que se argumente, escriba, diga, pinte, cante y luche contra la intolerancia es y será bienvenido. El pensamiento decantado, en la mente de cualquier generación, es buena semilla para el avance de los derechos humanos, la convivencia, el respeto y la aceptación de los demás, a partir de diferencias y similitudes. Claro que esa uniformidad ha transitado primero por la abolición, para sentar después bases de liberación, tras una secuela conmovedora y dramática de muerte y destrucción.

En lo personal me inscribo en la creencia de que los avances que se han registrado son irreversibles, a partir de la defensa de los derechos humanos, de las libertades, el respeto y la aceptación. Pero se trata, desde mi perspectiva, de ir más allá de lo que conocemos como tolerancia, porque supondría que nos cuesta trabajo reconocer a quien está junto a nosotros porque es y piensa diferente. Por eso considero que más que hablar de tolerancia hacia lo diverso, debemos evolucionar hacia una aceptación gozosa de tantas diferencias como puedan existir en el ser humano en cuanto a libertad de pensamiento, expresión, esencia, actuación y preferencias en general.

En este siglo tenemos que conseguir esos cambios de conducta recurrente que ha conducido a la humani-

dad a episodios de intolerancia. Hoy el desarrollo tecnológico debe contemplarse para el bienestar de la sociedad y detenerse también el avance de las armas, con ello la represión, la masacre, el terrorismo, así como las nuevas guerras llamadas preventivas que son una muestra más del absurdo humano o signos ominosos cuando se distorsiona la conducta social, de que sólo la conciencia y la cultura podrán revertir. Convencernos que además de reafirmar y mejorar el marco jurídico en materia de derecho internacional, es preciso alentar patrones de acción común en todas las latitudes del planeta para detener la violencia, la segregación y la violación de los derechos de hombres y mujeres. Hacia el futuro tenemos la obligación de rescatar los valores más profundos y elevados que nos transmitan el carácter de una ética superior y generen antídotos contra el racismo, la discriminación, el fanatismo, así como todo aquel fundamentalismo que nos empuje a imponer nuestra forma de pensar a los demás o a que actúen obligatoriamente como nosotros queremos. La libertad de pensamiento, junto a la misma aceptación de esta libertad y de otras más, es el único escenario posible que nos permitirá abrir un horizonte benigno y construir un destino más justo, digno, fraternal y de aceptación plena entre todos nosotros.

No es pues la tolerancia el paradigma, sino la convalidada aceptación del otro. Es decir el yo en el otro, como factor indispensable de los verdaderos y más altos valores humanos. Y no pienso necesariamente en una suma sino en una franja infinita donde todos seamos necesarios independientemente de lo que somos y pensamos. Si la humanidad ha tenido que optar por la tolerancia, a fin de contrarrestar el fanatismo, la satanización y la condena, pasemos ya a otra era y démosle la bienvenida a la otredad, como el signo de un renovado humanismo en los albores del siglo XXI.